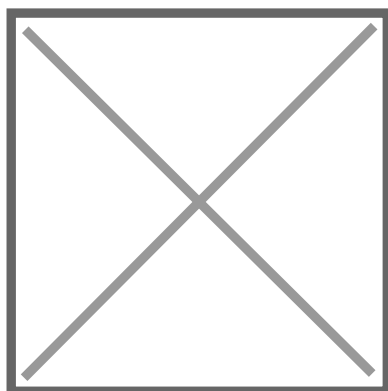




Gonzalo Rojas, Premio Cervantes 2004

“La imagen verbal no ha muerto”

“No sé por qué razón, buena suerte o tal vez mala, me han caído unos cuantos premios encima; ahora que estoy viejo y no los necesito”, confiesa a EL SUR el autor de “La miseria del hombre” y “Inventario”, valorando el galardón español como un reconocimiento al ejercicio de la palabra viva más que como un homenaje a su figura.

Paulina Pérez Díez
Ilustración: Domingo Baño A.

Nuestro móvil se estaciona en pleno centro de Chile. Supuestamente Gonzalo Rojas nos espera a las cinco de la tarde en su casa blanca con verde, que aparece muy iluminada en una vereda de la calle Pío Nolasco, para dialogar sobre lo que todos los medios persiguen: el Premio Cervantes 2004. Ese que se adjudicó aun cuando su nombre no se pronunciaba entre los posibles “favoritos”, como fue el caso del uruguayo Mario Benedetti o del español Juan Marsé.

Un ayudante del poeta nos abre la puerta de la casa-fortaleza, impregnada del olor de las frutas frescas que se apilan en un estante de la cocina. Rojas, con su voz potente, habla por teléfono desde el segundo piso. “Es una modorra que ni siquiera conocemos”, nos señala el joven asistente, quien nos adelanta, sin intención alguna, un desalentador panorama.

“Apenas termine de hablar vamos a ir al correo, a buscar una carta que le envió el Presidente”, comenta. “Han llamado las personas más increíbles del mundo”, expresa casi distraído, “desde españoles desconocidos, asesores de cultura, políticos. A las ocho de la mañana llegó a esta casa la BBC de Londres, luego la Televisión Francesa, la alemana...”

Cada vez estamos más preocupados de si Rojas nos dará tiempo de hablar con él y de él. “Y el fax no deja de funcionar; el correo está saturado...”, sigue explicando el joven, hasta que Rojas baja las escaleras sin interés de recibirnos. Nuestra idea de tomar un café con el poeta (a estos alturas, un vaso de agua) se desvanece...

Rojas aparece rudo y veloz. Muy de temas, como suele vestir, saluda apenas (igual me da un beso) y pese al calor, se pone su botina negra. “Me esperan a que haga mi trámite o vuelven mañana”, señala.

Le explicamos que no podemos regresar; que viajamos desde Concepción, y nos advierte que solo dispone de un par de minutos para ir al correo y volver. “Nada más. Podemos hablar en el auto”, sentencia, ante lo que estamos obligatoriamente de acuerdo.

Paseo inesperado

El auto de Gonzalo Rojas (un modelo coupé bastante antiguo) es conducido por Panchito, un maestro que trabaja con él.

Nuestra gran sorpresa se da al abrir la puerta trasera del vehículo. “Vamos mejor en su camioneta”, dice el poeta cruzando la calle y subiendo sigilamente a la parte trasera de nuestro móvil de doble cabina.

Le preguntó por un libro que está escribiendo para la Universidad del Bío-Bío, y me contesta un poco distraído, interrumpiéndome: “sí, estoy haciendo un libro... no puedo perder tiempo en nada, dígame en qué consiste lo que me pide”.

—Sabe que le voy a preguntar por el Premio Cervantes...

—Es una cosa horrenda, horrible. He tenido que contestar lo mismo a Inglaterra, Estados Unidos, México, Suiza, para todos lados. Ya en la mañana de hoy no podía casi hablar, me ametrallaron con preguntas. Es algo que se usa, no es que yo tenga ninguna distinción personal, sólo que los premios son implacablemente así.

—Entonces, ¿debo suponer que usted tiene distancia hacia los premios?

—No los quiero para nada! Nunca los quise ni me han interesado. Ningún premio. Por no sé por qué razón, buena suerte, o tal vez mala no más, me han caído unos cuantos premios encima, ahora que estoy viejo y no los necesito. El Premio Reina Sofía era bueno, en el sentido de que era un reconocimiento grande. Lo propuso la reina Sofía porque se cumplían 500 años de el descubrimiento de América.

—¿Pero no cree que estos galardones refuerzan la presencia de las letras en el mundo?

—Yo creo que sirven en el sentido que usted señala. Implica un reconocimiento al ejercicio mismo de la escritura viva.

Desde esa perspectiva, tienen mérito intrínseco; ellos, en cuanto a premio. Pero lo que pasa es que al pobre escritor, que es una figura, se le convierte en “figurín”, y eso es lo que yo no quiero ser. Nunca fui figurín ni figurante, eso no... ¡¡¡Por qué!! Sólo soy un sujeto que hace papeles con tinta que se seca y se desliza. Nada más (sonríe).

Pasamos por el mercado. Las calles están llenas. El chofer titubea y Rojas le indica: “derecho no más. Yo le diré por dónde doblar”.

—¿Cómo ve a la palabra hoy, en medio de un mundo implacablemente audiovisual, global, quizás saturado?

—La palabra parece desacreditada porque la imagen bella, televisiva o cinematográfica parece prevalecer sobre la otra imagen, que es la imagen verbal. Pero la imagen verbal no ha muerto. Nosotros no vivimos dialogando desde un pensamiento televisivo, sino desde un pensamiento que requiere de la palabra. De modo que la palabra, nítida, es indispensable. Y, por ello, eso que llaman el “desgaste” o “muerte” de la palabra no existe. Hay una palabra trillada, trivial, aburrida, pero no me refiero a esa palabra cuando defiendo a la gran palabra viva, creadora, que siempre ha sido reco-



Sigue en la página 26

"Los fantasmas del salitre": pidiéndole al tiempo que vuelva [artículo] Ricardo Barrera.

Libros y documentos

AUTORÍA

Barrera, Ricardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Los fantasmas del salitre": pidiéndole al tiempo que vuelva [artículo] Ricardo Barrera. il., retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile